

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sabado 31 de Diciembre de 1921.

Número 53.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

En estos días la política duerme. Los ministros descansan del trabajo de gobernar y casi nos dejan descansar á los demás del trabajo de ser gobernados. Los hombres de la izquierda toman alientos para proseguir su labor; porque para nada hace falta tanto aliento como para ser hombre de la izquierda y saltimbanqui. Cierva se ha ido á África, probablemente á felicitar las Pascuas á los prisioneros y á desearles buena entrada en el año 1922. Cierva es un ministro muy cumplido. Demasiado cumplido. Yo creo que no vendría mal cortarle algo.

Una versión optimista, que ojalá se confirme, dice que el ministro de la Guerra va á África porque la cuestión del rescate está ya madura y quiere él en persona recoger el fruto. En este caso sería verdad que los periodistas que le acompañan en el viaje llevan la misión de cantar las glorias de este personaje singular, y dentro de poco la trompeta de la Fama (aunque me parece que desde que hay periódicos la Fama ha cambiado el instrumento y en vez de trompeta lleva bombo) atronaría los espacios con las hazañas de este nuevo don Juan de Robres.

Cuantos esfuerzos se han hecho por saber si se rescatará pronto á los prisioneros han fracasado, sin embargo. El Presidente del Consejo ha dicho que se hacen gestiones, efectivamente, y que todas las dificultades para el rescate proceden de los moros.

Sin duda esta es la verdad. Las di-

ficultades proceden de los moros que no quieren tomar lo que nosotros estamos dispuestos á darles; y no es cierto, aunque los moros lo digan, que proceden de nosotros porque no les damos lo que ellos piden. El Presidente ha hecho un descubrimiento genial, y lo mismo que un literato americano ha escrito los capítulos que se le olvidaron á Cervantes, el Sr. Maura debe escribir las frases que se le olvidaron á Pere Grullo.

El caso es que los prisioneros han pasado la Noche Buena apartados de sus familias, y éstas con la mortal inquietud de imaginar si en aquellos momentos, felices otros años, caería el pobre muchacho víctima de la crueldad rifeña ó del hambre y el frío. Si esta separación ha sido evitable, está mal no haberla evitado, porque el dolor siempre acecha la ocasión de hacerse más punzante.

Lo malo será que por el resultado final vengamos en conocimiento de que hemos tardado en ceder y al fin hemos cedido, sin que la tardanza haya servido más que para prolongar el cautiverio de unos desventurados y para subrayar la humillación con la resistencia.

Pero, ¿y los presos gubernativos? Con las peticiones de que fueran liberados en estos días se ha acentuado el verdadero chalaneo que con ellos está haciéndose. La rectificación oficial de que no son mil, como se ha dicho, sino ochocientos, es uno de los más crueles sarcasmos. Y me da en la nariz que el descubrimiento de unas reuniones clandestinas hecho, ó inventado, recientemente, no tiene otro objeto que mantener la farsa de que es imprescindible para España esa tutela policíaca vergonzosa.

Eso sí; la Dirección General de Orden Público, para demostrar que se preocupa de las clases menesterosas, dió la noche del 24 á todo el que quiso un chorizo y un pedazo de pan.

Han llovido las alabanzas sobre el Sr. Millán de Priego. ¿Qué país más feliz que éste en que los presos gubernativos son ochocientos nada más (no mil) y en que se da un chorizo gratis una vez al año?

No podremos decir que atamos los perros con longaniza; pero al menos intentamos atar á los pobres con chorizo.

La actividad política se ha refugiado
Ayuntamiento de Madrid

esta semana en el Ayuntamiento. En una primera votación ha tenido mayoría para ser alcalde (aunque no mayoría suficiente) un maurista. Hoy habrá nueva votación y aseguran los enterados que el alcalde será el hijo del Conde de Romanones.

Lo mejor que hará el marqués de Villabrágima, si se le, es no haber dejado salir al Sr. Serrano Jover. Y parece que saldrá, porque, según me cuentan, el joven tiene muy felices disposiciones para salir alcalde. Dicen que en la anterior votación tuvo con sus compañeros, los concejales, rasgos de verdadera esplendidez, aunque no bastaron. Seguramente habrá corregido su error de cálculo. Y habrá comprendido que la fórmula para triunfar en una votación de Ayuntamiento no es *divide y vencerás*, sino *multiplica y vencerás*.

El sabotage patronal

Es un arma de guerra. Consiste en trabajar poco y mal, estropeando ó destruyendo herramientas, utensilios, máquinas, etc. El sabotage, muy perseguido por la Federación patronal de Barcelona y otras tales, ni es nuevo ni es procedimiento exclusivo del proletariado.

En todas las guerras se destruyen ó estropean instrumentos de producción. Los carlistas tenían predilección por el incendio de estaciones y el levantamiento de vías férreas. ¡Sabotage!

Las compañías, las agrupaciones plutócratas, las entidades bancarias, las patronales, utilizan admirablemente el sabotage.

¿Quiere una compañía de transportes aumentar las tarifas? Pues utiliza los coches ó vagones peores, disminuye el número de trenes, reúne en los coches en circulación doble ó triple número de viajeros, en barulla el tráfico, deja que se pudran en los muelles mercancías, el comercio sufre quebrantos, los particulares protestan, los viajeros ratian, y las compañías de tranvías ó de ferrocarriles practican el sabotage.

En Alicante y Valencia, como en Madrid, se padece obscuridad ó intermitentes paradas de motores movidos por electricidad. La fuerza eléctrica es floja, es muy escasa. ¿Por qué? Por el precio del carbón, dicen, cuando el carbón sube de precio; por el estiaje

alegan, cuando el carbón baja de precio. Lo cierto es que venden más fluido del que necesitan para surtir a las ciudades que contrataron y si no dan luz ni fuerza es para obtener un alza en la tarifas. ¡Ah! y entonces no habrá estiaje.

Es un sabotage contra la vista del abonado, contra la industria, contra la circulación de tranvías... Es un sabotage encaminado á chinchir, á jorobar, á molestar y perjudicar al consumidor hasta hacerle dar, si no con gusto con resignación, la donación que pide la empresa.

Otro sabotage patronal consiste en amenazar con huelgas, utilizando ya el servilismo de algunos obreros, ya su natural deseo de gozar más ó de continuar disfrutando los jornales que perciben durante la guerra.

La Arrendataria de Tabacos hizo formar cola á los consumidores (forma de sabotage), hasta conseguir del Estado la prórroga de veinte años del monopolio de fabricación y renta de tabacos.

Ahora el Banco de España y la Banca catalana aplican el artículo 112 del Reglamento reformado por el Gobierno Nacional, á fin de favorecer á esas entidades y á sus abogados, pues bien: la guillotina parlamentaria no es más que el sabotage del Banco de España, por medio de sus agentes en el Banco azul.

Desbarajuste en los transportes. ¡Sabotage!

Hacinamiento de pasajeros. ¡Sabotage!

Falta de luz. ¡Sabotage!

Madrid ó Valencia ó Alicante á ascuas. ¡Sabotage!

Tranvías parados. ¡Sabotage!

Suspensión de explotaciones mineras. ¡Sabotage!

La guillotina. ¡Sabotage!

Los patronos saben manejar el arma. No se quejen cuando la emplean contra ellos.

ROBERTO CASTROVIDO

Telegrama de Valdepeñas del día 20:

Sr. Director de EL MOTIN

«Reunidos Asamblea general Círculo Republicano, partido Radical, Unión Federal, Ateneo Pi y Margall. Sr. dirige por medio Prensa organizaciones libres España para demandar imperiosamente poderes públicos, restablezca garantías Constitucionales, repatrie ejército Africa, rescate prisioneros y liberte inmediatamente presos gubernativos. Por la Asamblea.—Gómez, Grande, Cendal, Ortíz, Arcos, Merlo, Megia, Lerna, Bolaños, Pérez, Albi, Díaz, León.»

ANTE LA TIENDA DEL ALFARERO

Ensayo sobre la Fatalidad

La Fatalidad... El Gobierno de la Fatalidad... ¿No habrá en esa expresión la

fórmula exacta que separa las dos políticas eternamente opuestas en la Historia? Augusto Comte llamaba momento teológico al que corresponde á las edades primitivas de una cultura. He aquí que en la selva madre el hombre ha caído bajo la superioridad del más fuerte; y ese vencedor irrada sobre el vencido, postrado á sus pies, aquel doble sentimiento de admiración y terror que ha creado á los dioses en la fantasía humana. Y así como el hombre creó á sus dioses con el barro amasado por sus manos y acabó luego por creerse fabricado de barro por sus dioses, así también elevó con su fantasía el formidable mito autoritario; fabricóse su autoridad, su propio autor, en una curiosa paradoja; y así como había depositado en sus dioses la fórmula que apagaba su inquietud, indagadora de los orígenes y de las destinaciones, y cegaba los manantiales de su conciencia y de su sentimiento, así también descargaba en sus príncipes el albedrío, la voluntad, la terrible función de optar en la incertidumbre, que mató de hambre al asno de Baridán...

Toda la obra de la cultura y de la civilización es una doble acomoda para reconquistar uno y otro tesoro abandonados en manos ajenas. El hombre se cultiva, ahonda la reja vigorosamente en su carne de esclavo, abona el surco invisible, fiende de su sangre, sediento de las lluvias del cielo hostil; pero en su espíritu, abriendo-se como una flor, brota la libertad.

Lo mismo ocurre con el hombre colectivo: cuando adquiere sentido orgánico, instinto social, fuerza solidaria, y se sienta autor á su vez porque ha construido su ciudad, entonces comprende que todo poder es un ejercicio delegado por él, una representación concreta y condicionada de la difusa autoridad de todos.

Según la mayor ó menor percepción de este doble albedrío, se mide la elevación de los pueblos en el camino de su historia. Por eso vemos todavía, como ejemplares retardados, pueblos en previa resignación ante las decisiones de poderes que se ciernen en una vaga región olímpica, inaccesibles á toda resistencia, impuestos por el más allá, y á quienes se acata con la misma superstición de impotencia con que se recibe la flagelación de las fuerzas naturales, el azote de los catáclismos.

Fatum. Ya en la etimología de esa palabra vemos algo como un decreto divino, la palabra imperial de un César supremo.

El hombre primitivo, ingenioso alfarero que ha esculpido sus cacharros en forma humana, se entretiene en adornarlos con fantásticas atribuciones, quimeras extraordinariamente simbólicas; poco á poco, esos homínuculos van tornándose monstruos, y ya se sabe que el monstruo, en las mitologías, es plasmación de dioses ó de fuerzas divinas... Los cacharros del ingenuo alfarero, en sus manos toscas, que parecen dirigidas por una fuerza ajena á su propia intención, van moldeándose como gárgolas, en ambiguos contornos de orma humana y bestial... Divinos cacharros, que muestran en sus dientes y en sus garras el angustio poder de infligir la muerte, y en sus muñecas la impasibilidad ante el dolor ajeno, como la Diosa Natural... ¿No serán ellos también, esos dulces ídolos, pequeños dioses en cuyo cuerpo de arcilla se infundirá una potencia superior á nosotros, por lo cual dominarán á su propio fabricante, hasta que éste acabe

por adorarlos y recibir su sortilegio, su prestigio, su Fatalidad?

... El incauto alfarero acaba de alinear sus fetiches en la pobre tienda... Ahora que las sombras van cayendo sobre esas figurillas, ¿será ilusión nuestra? ¿No se diría que gesticulan como simios, movien los ojos, cabeceando entre visajes? Parece que van á decir algo... ¿Quién ha podido poner en sus bocas de antropoide esa luminosa facultad, la palabra? ¿No hablarán, tal vez, por sí mismos; pero los oráculos cuidarán de hacernos creer que hablan, que tienen la sacra potestad del *fatum*...

Ante la pobre tienda del alfarero desfilan los compradores y los curiosos de la feria.—Ahora se ha detenido un niño, absorto ante las figurillas, con ingenua avidez de la infancia...—Ahora, un niño labrieg, se emboba también en estática admiración... Mañana esas figurillas ascenderán á simbólicos valores en el familiar *peso* de la vida, ó serán talismanes y amuletos en la faltriquera del plebeyo, lures en el hogar, advocaciones en la cabecera de los lechos... Tendrán una virtud divina ó mayestética; presidirán las aras y los domicilios, los furos y los templos, el altar y el trono... Claro está que los hombres clarividentes, si pasan inclinándose ante ellos por obsecrar á la ritualidad del gesto inveterado, sentirán que lo hacen bajo el valor de la convención y de la metáfora; pero algo les dirá en su conciencia que bajo esos idólos se esconde, tirándoles de invisibles cordeles, para que gesticulen, la eterna potencia de engaño y de dominio, resto ancestral que, como una fuerza centripeta, atrae á los hombres hacia su primitividad silvestre...

¡Pobre barro humano, que siente con el barro de los idólos su originaria identidad! Esos diosillos se apoderarán lentamente de nuestra vida. Su imagen se imprimirá, con huella indestructible, vencedora del tiempo, en nuestros óbols. Acaso llegaremos á bucearlos afanosamente, como Labán (Génesis XXXI, 33 35), en la tienda de la simbólica y libertadora Rachel que los arrebató de nuestra casa... Y ¡ay de nosotros cuando esos *Potem*, fabricados por nuestras manos con el limo de la tierra, lleguen á hablar, ó la ilusión nos haga creer que, en efecto, han hablado, como hablan las apariciones ó las imágenes materiales á la devoción de los simples de espíritu! ¡Entonces, la sangre correrá en nombre de ellos, y acaso por ellos haga brotar el martirio sus flores rojas! El martirio consiste, precisamente, en la *atenuación* de las ideas, que de otro modo no podrían imponerse á la fe de los hombres y de los pueblos.

... Ante la tienda del alfarero pasará un día el hombre que haya conseguido liberarse de sí mismo, de sus rudas herencias de barbarie y sus consanguinidades turbias. Pasará montado sobre su caballo—caballo loco, ¿verdad?—¡Como que será, sin duda, el mismísimo Pegaso, lanzado como una flecha al porvenir! Y ante su irrupción, ¡que bella y estrepitosa rotura de cacharros!

GABRIEL ALOMAR

La miseria decente

Tiró el hombre de la campanilla, resonó ésta débilmente en el interior del cuarto, y una mujer joven de semblante demacrado y

sencillamente vestida, aunque de modales distinguidos, abrió la puerta y cedió el paso sin decir una palabra. La mujer cerró, y precedida de dos chinelos rubios como los ángeles, que hasta entonces la habían servido de retaguardia, siguió al hombre pasillo adelante sin que los cuatro personajes a la habitación que debía estar destinada para sala de recibir de la humilde vivienda a juzgar por las tres sillones, dos sillones y un sofá desvencijados que parecían bailar fúnebremente en la estancia.

En las paredes no había un mal cromó de esos que se venden a tres pesetas con marco dorado a las familias que se van obligadas a aparentar una posición que no tienen. En aquella casa respirábase el ambiente de la miseria digna, que es la peor de las miserias, el más terrible de los martirios.

—¡Papá! ¿Qué nos traes?—exclamaron los niños agarrándose a las piernas del hombre.

—¡Nada, hijos míos, na!—contestó el hombre.—Y acompañó sus frases con una sonrisa fría y amarga que semejaba una maldición.

—¿Nada de verdad, Esteban?—preguntó la joven tímidamente.

—¡Nada, Eloísa!—replicó el aludido,—y se dejó caer sobre un sillón.

—Y ¿qué vamos a hacer, Esteban?—preguntó la mujer con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡No lo sé! Si empeñamos la única ropa que nos queda, no podremos salir a la calle; sábana no quedan más que las puestas; mantas no hay más que una en cada cama. ¡No!—me queda más recurso que pedir limosna esta noche para que coman nuestros hijos.

La mujer ahogó un sollozo que iba a estallar fuertemente en su garganta.

—¡No lloros, no!—dijo Esteban—volveré a salir, pediré a todos, para ver si puedo traer siquiera un pedazo de pan.

El hombre se puso de pie.

—¿Te vas, papá?—preguntó uno de los niños.

—Sí; hijos míos—contestó Esteban—; volveré pronto.

—¿Traen pan, jamón y dulces—dijo el otro.

El hombre besó en silencio a los dos, miró a su mujer de un modo indefinible y salió.

—¡Adiós, papá, adiós!—dijeron los niños desde el descansillo de la escalera.

Abajo se oyó un gemido prolongado que parecía una blasfemia; arriba los sonoros besos que una madre estampaba en las frentes de sus hijos.

.....

A las doce volvió a sonar tímidamente la campanilla, y momentos después abrióse la puerta con sigilo.

—¿Y los niños, Eloísa?—preguntó la voz broncea de Esteban.

—Dormidos... dormiditos se quedaron pidiendo pan y llamándote... ¿Traes algo?

—¡Nada!—¡Nada!—

—¡Calla... calla entonces, por Dios, no se despierten!—

Sollozó la mujer y gimió el hombre interrumpiendo la respiración intranquila de los pobrecitos niños.

M. DE LA P.

Hombres y cosas

EL FRAILE LEGIONARIO

Como la Cleo de Merede en París, el P. Revilla, capitán, fraile y legionario, cada día pasto da a la Prensa y se dedica un autobombo.

En la desdichada campaña de Marruecos no faltaba más que la nota cómica y ridícula, y este fraile andariego nos la está dando con demasía.

El P. Revilla era capitán de infantería del regimiento de Andalucía; pero, mal avenido con la disciplina militar, hubo de dejar el ejército e ingresó en la orden de

PP. capuchinos. Nadie se acordaba de tal hombre hasta que hace poco tiempo se ofreció como aviador al servicio de la campaña y se plantó en un aeroplano en Melilla; el alto comisario rehusó sus servicios; pero ¡bueno es un fraile cuando se propone una cosa! Se alistó en el cuerpo de legionarios, donde no se le podía recusar, pues allí todo tiene cabida, sea lo que sea.

El P. Revilla, que cuando militar sentía la nostalgia del convento, cuando ya fué fraile sintió la añoranza del ejército. Dándole ahora el naípe por el arranque místico y el fervor fanático, perora y guía a los legionarios; se cree un nuevo Pedro el Ermitaño trasplantado al período medieval, con sus luchas furiosas contra el agareno; y llevando a la cintura el cordón de San Francisco y un buen revólver, en la cabeza un sombrero de legionario y un crucifijo en afito, ha logrado hacerse dueño del cuerpo de legionarios que tantos afares y sinsabores costó a Millán Astray, posesionándose de su bandera, que trema frenético en los asaltos, dando a las acometidas de los legionarios un sabor místico de guerra santa que no tienen ni pueden tener.

Este fraile, que gasta botas de montar y lleva en la bandolera una buena pistola automática, ha puesto a los legionarios en más de un grave aprieto, llevándoles con sus arengas inflamadas, más al suicidio que a la victoria. Ante los ojos tenemos una publicación ilustrada con una fotografía a cuyo pie se lee:

«El P. Revilla coloca en las banderas del tercio extranjero corbatas.»

Y otra que dice:

«El P. Revilla, con el crucifijo en una mano y una bandera del tercio en la otra, asalta con los primeros soldados de la legión el fortín de Ras-Medua.»

Y el bélico fraile, con una pose de cruzado vesánico, se ríe con gesto socarrónico.

Creemos que ha llegado la hora de frenar los ímpetus locos de este fraile, que, saliéndose de su misión y ministerio, está poniendo en ridículo al tercio extranjero en España y fuera de ella. Estas revistas pasan la frontera, y cuando en las naciones cultas vean un fraile llevando un crucifijo y una bandera al frente de nuestras tropas y asaltando trincheras, creerán, y con razón, que somos el pueblo irredimible de siempre, con nuestros selváticos fanatismos. ¡Lo que se reirán los franceses e ingleses de nosotros al ver estas cosas!

¿No es un fraile el P. Revilla? Pues que se limite a la prestación de servicios espirituales al que los necesite y los pida, y nada más. Este hombre tiene sus superiores, como todo fraile, y es incomprensible que lo toleren estas andanzas y mescolanzas de cruz y revólver.

Y lo que todavía es más absurdo e inaudito, es que el jefe de la legión extranjera tolere las ingerencias de este fraile en el cuerpo de legionarios, ya glorioso, y al que el P. Revilla está matando y desprecigiando con el ridículo.

FRAY GERUNDIO

EL PASADO Y EL PRESENTE

Como viva mucho, va a llegar el día en que no conozca a España. ¡Tan desfigura-

da resulta con el cambio radical que sus hombres han sufrido!

Y me concreto a España, porque es el país que yo me preciaba de conocer a fondo, pero que voy desconociendo a medida que los hechos se suceden, hechos que se desarrollan de una manera «extraña» e inesperada por mí, quizás por aquello de que «á nuevos tiempos, nuevas gentes».

Porque no cabe duda de que, en las circunstancias actuales, todo sufre un gran trastorno: y si no, empecemos por examinar algunas de las cosas existentes.

Comenzando porque nadie está en su centro desempeñando su cometido, según lo prueban los ministros que, ó han de ser especie de enciclopedias vivientes, ó han de desconocer en absoluto el ramo á que se les destina, y en el que no se hallan versados, por haber dedicado sus talentos á otros estudios.

Y, al tenor de los ministros, está cuanto á desempeño de cargos se refiere.

Pero, ¿qué es de extrañar que esto ocurra, si los jefes revolucionarios aconsejan la moderación y la calma, los monárquicos se irritan contra la pasividad, los llamados á construir destruyen, y los que han de derribar sostienen lo edificado?

Antes, se juzgaban las cosas de distinto modo; el liberal lo era á conciencia; el republicano se dejaba matar antes que ceder un ápice en sus arraigadísimos principios; como el monárquico era monárquico y el carlista, carlista.

Había escasos libre-pensadores, mas los que tales se decían, hubieran ido al martirio, á la hoguera, primero que faltar á la esencia de su Credo.

Hoy, la transigencia de los más les lleva á ir dejando ganar terreno al adversario, hasta que les falta por completo para asentar su propia planta.

Se considera ridícula la firmeza, é ineducado al que contrarresta las talsidades todas.

Hay plétora de convencionalismos y carencia de sinceridades.

Se celebran reuniones para tomar acuerdos y salen todos más distanciados entre sí que cuando entraron, según ha pasado en la última asamblea de «Obreros y Empleados» del Ayuntamiento de Barcelona.

En fin, todo se *trastrueca*, se deforma, sufre en el fondo y en las formas modificaciones inexplicables que conducen á la perturbación y al desequilibrio social.

¡Lo dicho, lo dicho! O no conozco á la gente nueva, ó la gente nueva no tiene ideales ni convicciones!

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

La apoteosis del cuerno

El último que llegó al salón de la *juega* —apoyándose en las paredes porque acababa de salir de un *colmado*— fué un célebre revisor de fiestas taurinas que había conseguido su fama—aparte de la que debía á sus borracheras—merced al prodigioso ingenio de llamar *lamparillas* á los caballos sacados á la plaza, *burra* á los toros y *diestro* á los toreros, y emplear en sus escritos un lenguaje flamenco de su exclusiva invención. Los supradichos toreros, á quienes alababa, convidándole á menudo y así iba pasando la vida agarrado á su coleta. Le llamaban *Pezúas*.

Ya estaban allí un ex ministro á quien los íntimos conocían por *Cañitas*; un tendero de ultramarinos que hacía el gasto de manzanilla, es decir, que la pagaba; un título de Castilla cuya mujer se había escapado siete días

antes con un *mono sabio*; un antiguo *gome* que había pasado a *chulo* en obra de un par de semanas; un general veterano, amigo de las reformas, que no se deja la coleta porque no lo permiten las Ordenanzas; un autor cómico de piezas de a período y medio, un fabricante de velas, un periodista, un banquero, dos maestros y varias... señoras.

La fiesta era en honor de *Señorito*, toro célebre que en la corrida anterior había *foto-grafiado* en la arena quince *arenques*—estilo *Pezuelas*—y dado un puntazo al *Chinche*.

La discada cabeza del *héroe* ocupaba una especie de trono en el principal testero de la sala. *Cañitas* había hecho llevar de su casa un dosel rojo que cubría habitualmente no sabemos qué retrato, y un sillón sobre el que descansaba majestuosamente la cerviz de la fiera.

El autor dramático llevó una corona de laurel que le habían arrojado a escena en su último triunfo, y cifó con ella las gloriosas astas del bruto.

El título de Castilla, grande de España, que había ido a la fiesta inmediatamente después de salir de una recepción oficial, por lo cual no había tenido tiempo de despojarse de sus condecoraciones, colgó una brillante cruz al peludo cuello del cornúpeto.

La *juerga* dió principio. Un *revistero* escribió después en su periódico que en ella se había «derrochado el ingenio».

Pero lo más notable fueron los brindis. El comerciante de ultramarinos, que era republicano federal, brindó, arrimando el secua a su aerdina, por el advenimiento de la *sinalegmática*, que había de traer la descentralización cordada en la Península y con ella el venturoso resultado de que en cada provincia, ó por lo menos en cada región, surgiera—ésta fué su palabra—un centro taurino y luminoso que sirviera de noble emulación a los demás centros hermanos; porque la libertad, dijo, es la madre cariñosa de las artes, etc. etc.

El *revistero* *Pezuelas* no brindó, porque se le trababa la lengua.

Llegó su turno al general, é hizo un paralelo entre las armas y los cuernos, que ni el que entre las armas y las letras hiciera Don Quijote podía compararse. Pero así como el héroe manchego dió la supremacía a las primeras sobre las segundas, él, don Marcos Pantagruela—así se llamaba—consideró a los dos elementos, cuernos y armas, igualmente útiles y necesarios en la moderna sociedad. Si los primeros, dijo, contribuyen a su embellecimiento y esplendor—y miraba al aristócrata—al consuelo de muchas tristezas y al alivio de muchos sinsabores, las segundas garantizan su existencia impidiendo los ataques que pudieran dirigirse los elementos perturbadores de la sociedad, los pobres y miserables, envidiosos é irritados de no poder participar de sus incomparables goceos. (El general obtuvo muchos aplausos.)

Algunos más brindaron, como el fabricante de velas, que afirmó que la industria y los cuernos eran solidarios, y una de las señoras, que dijo emocionada: «¿Qué sería de los cuernos sin nosotros?» A lo cual el aristócrata replicó: «¿Y sin nosotros?» provocando grandes aplausos.

El exministro *Cañitas* cerró los brindis en la siguiente forma: (*Gran expectación*)

«*Señores*: Queda probao que toz las laxe eleva de la zociedad contribuyen por igual el glorioz dezarrollo del cuerno patriótico, y que únicamente loz que por carecer de di- neralo é estar amarraoz al duro banco del trabajo no pueñ acaparrar en su cultivo y gozar de sus dichas, zon loz que miran con mal- lez ozoz nueztroz flamenaz costumbres. Para evitar cualquier dezagruzo por eza parte, está la espada de nuestro general.

«Pero no pnedo dejar pasar sin protesta una afirmación de nuestro amigo Malpezo (el comerciante de ultramarinos). ¿Por qué se ha de decir, si eza é la otra forma de go- bierno son mejoréz ó peoréz para el desarro- jo del arte nacional? ¿Depende eze: acazo de la forma de gobierno? ¿Lez debemoz é eiaz nueztroz costumbres z tradicionales?

«Ah, señores! No. está en ezo el buzilio. Mientraz haya, para bien del arte y posibili- dad de su cultivo, quien trabaje por nozotr ox

y noz facilite el duro que enezta el tendío y la onza que se gasta en la juerga, no morirán nueztroz aficiónz al jaleo, no han de acaba- ze loz cuernos y las astas de mansanilla.

«En qué, á no zer por esto, emplearían su actividad tantas perzonaz ilustrez, tantoz rícoz sin ocupación? ¿Habéiz encontrao, por ventura, un tema de conversación que exija menoz estudioz, menoz inteligencia, y pueda, por tanto, zervir mejor que loz toroz y lo flamen- co de lazo de unión entre todoz loz rícoz *expañolez*? Ahí está el secreto de la afición flamenca: no hay que buzoarlo en otra parte. Donde haya quien no trabaje y coma bien, zará ziempres precizo argo en que ocupar- lez dezocupar; argo que esté al alcanze de toz loz z inteligencias orgazanas: en Inglate- rra el *sport*; aquí loz toroz.

«Gloria, puez, á nueztroz zacerzantez cos- tumbres nacionalez! Gloria á la flamenque- ría! Gloria al toro *Zeñorito*, que con sus pro- piaz ha reavivao entre nozotroz el zagrao fueglo.

Una salva de aplausos acogió el discurso de *Cañitas*, y la reunión se disolvió en medio del mayor... desorden.

X.

Favor que pido

Si alguno de los antiguos lectores de EL MOTIN conservase descabalado el núm. 39 del año 1901 y quisiera mandármelo en sobre certificado, le quedaría muy agradecido.

Noté hace días que faltaba en el tomo encuadernado de la colección que conservo, y desearía dejarla completa.

De no darme resultado este intento, tendré que enviar á alguien á copiar los trabajos que contiene el número en la colección que existe en la Biblioteca Nacional, y componerlos en la imprenta, y todo para tirar un ejemplar!

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

José Álvarez, 1 pesetas. Filiberto Los- tado, 1; Alberto Boris, 0,50; Manuel Gó- mez, 1; José Compas, 1; Antonio Martí, 1; Manuel Martínez, 1; Joaquín Pérez, 0,50; Manuel Maragat, 1; Manuel Blasco, 0,50; Antonio Ros, 1; Antonio Biguena, 0,50; José Garriga, 1; Rafael Gómez, 0,50; Vicente Salt, 0,50; Genaro Calvet, 0,50; Manuel Paulo, 1; Manuel Montal, 1; Juan Andreu, 1; Casimiro Salt, 1; José Molina, 0,50; Elito Garriga, 0,50; Miguel Monzon, 0,50; Manuel Turán, 1; Estanislao Solom, 0,50; Francisco Cabo, 0,50; Vicente Ros, 0,50; Melchor Navarro, 1; Salvador Com- pan, 0,50; Joaquín Buja, 1. (Todos de Agimia de Alfara, total 23 pesetas.)

Genaro Pascual, Toro, 4 pesetas, Francis- co Manjón, Izatoraf, 1; J. Fernández, Va. v. rde del Hierro, 6; Valeriano Pérez, Alcalá del Valle, 2; Antonio Meléndez, Constantina, 3; Gregorio Abad, Piedrahita,

ta, 4; M. Flores, Talavera la Real, 4; Vi- cente Rubio, Id. 3.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Alcalá del Valle.—Valeriano Pérez.

Abonada su suscripción á fin O. tubre 1922

Casalla de la Sierra.—Miguel Camba.

Id. á fin Diciembre 1922.

Constantina.—Antonio Meléndez. Id. á fin Diciembre 1922.

Idem.—Centro Republicano. Id. á fin Diciembre 1922.

Piedrahita. Gregorio Abad. Id. á fin Diciembre 1922.

Alcolea del Pinar.—Ramón Rangil.

Id. á fin Noviembre 1922.

Puebla de Obando.—Eduardo León.

Id. á fin Noviembre 1922.

San Pantaleón de Aras.—Fermín Domínguez. Id. á fin Junio 1922.

Santa Coloma de Farnés.—Pedro Verdaguerr. Id. á fin Diciembre 1922.

Caspe.—Ramón García. Id. á fin Diciem- bre 1922.

Talavera la Real.—M. Flores. Id. á fin Diciembre 1922.

Idem.—Vicente Rubio. Id. á fin Diciem- bre 1922.

Elbar.—S. García. Id. á fin Junio 1923.

Lugo.—Valentín Roldán. Id. á fin Diciem- bre 1922.

Idem.—Enrique Blanco. Id. á fin Diciem- bre 1921.

Toro.—Genaro Pascual. Id. á fin Febre- ro 1923.

Santiago.—Severiano Estévez. Id. á fin Noviembre 1922.

Izatoraf.—Francisco Manjón. Id. á fin Junio 1922.

Requena.—Adolfo Civera. Id. á fin Mar- zo 1922.

Idem.—Gregorio García. Id. á fin Mar- zo 1922.

Valverde del Hierro.—J. Fernández.

Id. á fin Diciembre 1922

Idem.—Julio Quintero. Id. á fin Diciem- bre 1922.

Idem.—Gumersindo Padrón. Id. á fin Diciembre 1922.

Málaga.—Andrés Ruiz. Id. á fin Diciem- bre 1922.

Sigüenza.—Anibal Sánchez. Id. á fin Marzo 1923.

Havia de Lansarote.—Francisco Paz.

Id. á fin Diciembre 1922.

Almería.—José Enciso. Abonada toda- las suscripciones hasta fin Agosto 1922.

Barcelona.—Santiago Ferrer. Recibi- dos sellos s. Conforme.

Granada.—Hermenegildo Giner. Reci- bido su gro de 20 pesetas.

Ferrol.—Román Torres. Id. de 72 Con- forme.

Teruel.—Centro Republicano. Id. de 6. Conforme.

Valencia de Alcántara.—Pedro Carba- llo. Id. de 5. Gracias.

Barcelona.—P. Vilalta. Id. de 88. Gra- cias.

Ulldecona.—José Sabaté. Id. de 6. Con- forme.

Arcira.—José Casanova. Id. de 27. Gra- cias.

El Arahal.—Raimundo Lczano. Id. de 5. ¿Para qué?

Plasencia.—Lino Galván. Id. de 50. Gracias.

Imp Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla. 2.—Mañuél